

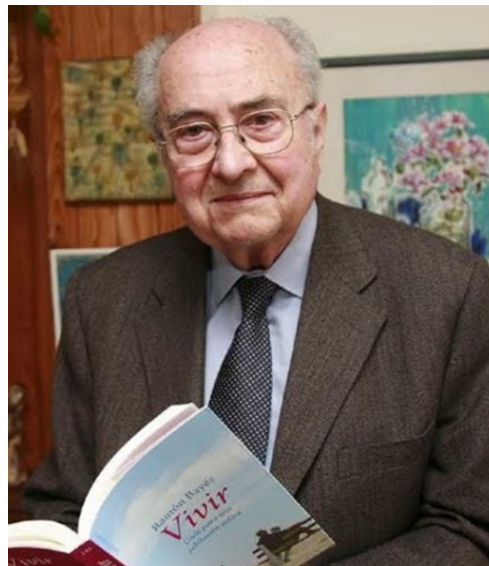
Obituario

Ramón Bayés In Memoriam

Ramón Bayés In Memoriam

Esteve Freixa i Baqué

Universitè de Picardie Jules Verne, Amiens (Francia)



Ramón Bayés (1930-2025)

Tres figuras han marcado mi evolución intelectual: Marc Richelle, que me honró con su amistad, Pierre Naville, cuyo alumno tanto me hubiese gustado ser, y Ramón Bayés, de quien tuve el privilegio de ser su discípulo. Me acaeció, en su momento, el triste honor de escribir los obituarios de los dos primeros. Y con una gran tristeza, pero muy agradecido a quienes me lo han propuesto, me dispongo a redactar también el de Ramón.

En general, cuando alguien fallece, es de buen tono cantar sus alabanzas y silenciar sus defectos. Cuando Ramón Bayés cumplió sus 70 años y “lo” jubilaron, tuve la ocasión de rendirle un homenaje

anticipado en el que describí lo cercano que me resultaba el momento en que lo vi por primera vez, cuando iba a empezar a impartir sus clases en la *Autònoma de Barcelona*. Para poder hacerlo tuvo que terminar la carrera a pesar de ser ya entonces todo un personaje en el mundo de la psicología; he pensado muchas veces en los malos ratos que debió soportar el “estudiante” Bayés durante aquella época. Un día pasó por el mítico *Laboratori de Conducta* y Adof Tobeña me preguntó si conocía a aquel señor de calvicie avanzada, con gafas de cristales bastante gruesos y de espalda algo curvada; yo no sabía quién era y cuando me informó que se trataba de Ramón

Recibido: 16/08/2025

Aceptado: 29/08/2025

Citar como: Freixa, Esteve (2025). Ramón Bayés In Memoriam. *Apuntes de Psicología*, 43(3), 359-364. <https://doi.org/10.70478/apuntes.psi.2025.43.33>

Autor y e-mail de correspondencia: Esteve Freixa i Baqué, freixa.esteve@gmail.com

Este artículo está publicado bajo Licencia Creative Commons 4.0 CC-BY-NC-ND

Bayés me pareció imposible que, después de haber oído hablar tanto de él, llegase a tenerlo como profesor, a él, una verdadera leyenda viviente... Luego vino el placer de sus cursos, la admiración primero hacia el maestro, el sentimiento de compenetración intelectual, seguido más tarde de la estima por el hombre, por el hombre bueno, sencillo y humilde que era Ramón (¿quién se atrevería a decir lo contrario?). Y cabe subrayar que hombres brillantes hay más de uno; pero que, además, sean buenos, sencillos y humildes, no hay muchos... Terminé mi homenaje anticipado así:

... Sé que este tipo de cosas suelen decirse cuando alguien se muere; entonces todo son alabanzas (inclusive por parte de gente que le han criticado toda la vida); pero yo no quiero esperar a que Ramón se muera para decirlo, quiero que lo sepa ahora, porque lo quiero y porque se lo merece. (Freixa i Baqué, 2022, pp.210-211)

Él mismo había dejado escrito:

Quisiera ser recordado no por mis escritos o mis palabras, más o menos acertadas, sino como un hombre que, a pesar de sus errores y limitaciones, ha intentado estar cerca de los demás hombres y, como profesor, aprender de los enfermos, de sus colegas psicólogos o de otras disciplinas y, muy importante, de sus jóvenes alumnos. (Bayés, 2010, p. 161).

Y yo puedo atestiguarlo. Cuántas veces le he oído decir que aprendía de las preguntas que le hacían sus alumnos, puesto que, a menudo, no sabía contestarles y, contrariamente a la mayor parte de los docentes, no le importaba reconocerlo y decir: “Pues no lo sé; pero voy a buscar y, cuando lo sepa, te contesto”.

Ramón siempre se definió a sí mismo como un “*tastaolletes*”, palabra catalana sin equivalente exacto en la lengua de Cervantes, que no corresponde ni a “*amateur*”, ni a “*diletante*”, ni a “*generalista*” ni a “*hombre orquesta*”, sino más bien al conjunto de todas ellas. Y lo que probablemente en otras personas podría ser considerado como un defecto, en su caso era la consecuencia lógica de su gran curiosidad, esa curiosidad que él consideraba como una de las características imprescindibles a todo investigador y que no se cansaba de recomendarnos. En una ocasión, un entrevistador le preguntó sobre qué consejo le daría a alguien que empieza a aprender en la vida. Ramón respiró un momento y contestó: “*Que escuche*”. La característica esencial de su vida fue la curiosidad (Nadal, 2025).

En efecto, Ramón Bayés se interesó, a lo largo de su carrera, por un sinnúmero de temas distintos. Creo que no he conocido a nadie tan poco monotemático como él. Sin pretender ser exhaustivo, he ahí algunos de sus centros de interés: experimentación animal, metodología experimental, conductismo, psicofarmacología, efecto placebo, psiconeuroinmunología, estimación del tiempo, condicionamiento de los hábitos alimentarios, psicooncología, salud, dolor, cuidados paliativos, sufrimiento, autonomía, resiliencia, duelo, vejez, sentido de la vida, muerte... Respecto a este último tema, Ramón, mucho antes del fallecimiento de su esposa Àngels, ya en edad avanzada, y de la inminencia del suyo, se vio confrontado a la dolorosa experiencia de la muerte de su hijo (adoptivo) Ricard, de sólo 23 años, en un banal accidente de *scooter*. Recuerdo perfectamente que, en una emocionante y admirable lección de resiliencia, en vez de quejarse por lo injusto

y antinatural que resulta para un padre (y una madre) ver morir a su hijo, me confió: “*Acababa de enamorarse y de ser correspondido; me consuela pensar que ha muerto feliz*”.

De hecho, su trayectoria fue una constante evolución, un largo camino, como en la leyenda ceilandesa de los tres Príncipes de Serendip que él siempre citaba. La leyenda cuenta la historia del Rey de Serendip que envía a sus tres hijos en búsqueda de algo imaginario muy valioso que, por supuesto, no encuentran; pero su larga deambulación errática les hizo descubrir, casualmente, sin buscarlas, mil cosas mucho más valiosas. Sólo era preciso mantener el espíritu abierto, tener una gran curiosidad y no dudar ni un instante en abandonar aquello que se perseguía para consagrarse a aquello que inesperadamente se presenta. Uno entiende perfectamente por qué Ramón le tenía tanto afecto a este lindo y poético cuento y su moraleja.

A medida que pasaban los años, se iba alejando paulatinamente del trabajo en laboratorio (él, que había empezado entrenando tórtolas en su piso con una rudimentaria caja de Skinner autoconfeccionada) para interesarse cada vez más en problemáticas de la vida cotidiana, en asuntos que tienen un interés directo e inmediato sobre los problemas y los sufrimientos de la gente. Hasta el punto de que, en una ocasión, me confesó sin reparos (confesar no es la palabra adecuada, pues su confidencia no comportaba ni un ápice de culpabilidad), que llevaba años sin leer artículos del *Journal of the Experimental Analysis of Behavior* (la “biblia” del conductismo), por considerarlos demasiado especializados, demasiado eruditos y muy lejos de poder ser directamente aplicados a problemáticas de la vida de cada día.

Sin embargo, nada dejaba presagiar una tan rica carrera académica. En efecto, Ramón Bayés, nacido en Barcelona el 29 de septiembre de 1930, hijo de un excelente electricista, estudió peritaje industrial y ejerció esta profesión algunos años. Pero ello no le satisfacía. Por una serie de circunstancias más o menos azarosas que él ha detallado en múltiples ocasiones, se puso a estudiar, a marchas forzadas, la carrera de psicología para poder enseñar en la, entonces, recién nacida *Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB), en la cual se licenció, defendió su tesis doctoral en 1976 (“*Contribución del Análisis Experimental de la Conducta en la investigación de drogas psicótropas*”) y terminó como catedrático. Junto con Pere Julià y Maria Tubau formaron un núcleo conductista en la universidad completado, en el ámbito clínico, por sus fraternales amigos y excelentes profesionales Joan Massana y Josep Toro, que había de marcar definitivamente a generaciones de estudiantes.

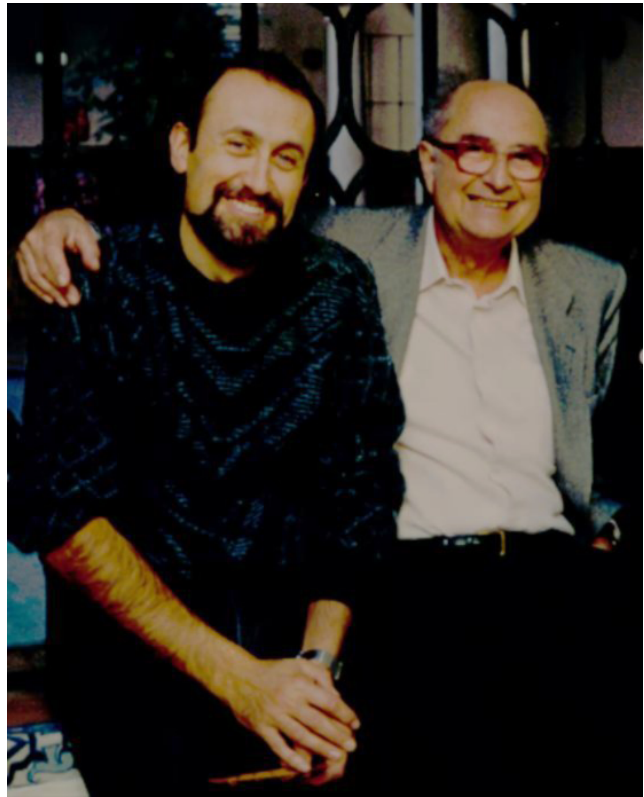
Paralelamente a sus clases magistrales, que impartía por la mañana, dedicaba todas las tardes a leer y escribir. No conozco a ningún universitario tan prolífico como él: más de 700 artículos y un número muy respetable de libros, combinando trabajos experimentales con reflexiones éticas, filosóficas o, sencillamente, humanistas. Fue un divulgador y un pedagogo fuera de serie. Me mandaba cuanto escribía (yo hacía lo mismo) en un intercambio constante y enriquecedor que perduró mientras sus ojos se lo permitieron.

Una de sus contribuciones mayores fue, sin duda, la creación de la editorial Fontanella junto con el ya mencionado Josep Toro y otros pocos amigos y posteriormente, dentro de ella, de la colección “*Conducta humana*”, fondo editorial integrado posteriormente en las ediciones Martínez Roca. En ella publicaron

lo mejor de la psicología científica de la época, incluyendo, por supuesto, la casi totalidad de la obra de Skinner, realizando la proeza de sacar sus libros poquísimos tiempo después de que se publicasen en inglés. El amplio y rico catálogo que constituyeron, y que ondea orgullosamente en mi biblioteca como en la de tantos compañeros de mi quinta, desempeñó un papel primordial en la formación de generaciones de psicólogos científicos, más allá incluso de los conductistas radicales. Esta labor editorial le asemeja a Richelle, quien en el seno de la editorial belga Mardaga, constituyó la mejor colección de psicología científica francófona. En uno de sus correos semanales al grupo de sus “fans”, Ramón escribió: “Me acuerdo de la ilusión con la que, en 1983, un grupo de psicólogos conductistas acudimos al Congreso de Análisis de la Conducta que organizó Marc Richelle en Liège, para escuchar y conocer personalmente a Skinner y que luego celebramos nuestro encuentro con Skinner en la Grand Place de Bruselas tomándonos una memorable cerveza.”

Tras su larga carrera académica en la UAB, Ramón Bayés fue profesor emérito en dicha universidad y fue reconocido como doctor *honoris causa* en psicología por la *Universidad Nacional de Educación a Distancia* (UNED). Antes de seguir estudios formales de psicología, también fue director durante tres años de la *Escuela de Mandos Intermedios de Barcelona*, siendo uno de los fundadores del *Centro Galton de Investigaciones Psicológicas*. Numerario de la *Academia de Psicología de España*, durante su vida Ramón Bayés recibió una larga lista de distinciones, como el *Premio Pavlov* a su trayectoria, que le concedió la *Societat Catalana de Investigació i Teràpia de la Conducta*. Tanto el *Col·legi de Psicòlegs de Catalunya* como el del *País Valencià* le nombraron colegiado de honor y también dio nombre al *Premi Ramon Bayés i Sopena*, que concede la *Societat Catalanobaleàrica de Psicologia de l'Acadèmia de Ciències Mèdiques de Catalunya i de les Balears*. Fue igualmente distinguido con el *Premio Nacional de Psicología* concedido por la *Fundación Española para la Promoción y el Desarrollo Científico y Profesional de la Psicología*. En 2024, la *Sociedad Española de Cuidados Paliativos (SECPAL)* quiso reconocer tanto su trayectoria profesional y humana como su compromiso y apoyo al desarrollo de los cuidados paliativos en España otorgándole el *Premio Cicely Saunders*, la más alta distinción de esa sociedad científica y que, por su delicada salud, no pudo recoger en persona. Se atribuye a Bayés la afirmación de que un enfermo puede vivir sin esperanza, pero no puede hacerlo sin afecto; ello, probablemente, resume buena parte de su actitud y actividad en las etapas finales de su fructífera vida.

Santiago Benjumea explica a quién quiere escucharle que Ramón Bayés tuvo una clara influencia en los orígenes de la psicología conductual en Sevilla y, por extensión, en Andalucía Occidental. Igualmente la tuvo en el nacimiento de la psicología del deporte por esas latitudes. En efecto, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, las únicas ciudades en las que se impartían estudios de psicología, siempre dentro de las facultades de Filosofía y Letras, eran Madrid y Barcelona. En Sevilla, un numeroso grupo de estudiantes de Filosofía y Letras, al terminar sus estudios comunes (dos primeros años de la licenciatura), constituyeron un grupo que, aunque residiendo en Sevilla, estaban formalmente matriculados en la sección de psicología de la *Universitat de Barcelona*, (la “Central”, como se



Ramón Bayés y Esteve Freixa en el IV Congreso Internacional sobre Conductismo y Ciencias de la Conducta celebrado en la Universidad de Sevilla en 1998 (fotografía del autor).

le llamaba) a través de la ya hace tiempo desaparecida modalidad de “alumnos libres”. Nada más acabar su licenciatura en dicha Universidad en 1974, cuatro de aquellos estudiantes, comenzaron su andadura profesional en el *Centro de Psicología Aplicada*, fundado años antes por el insigne psiquiatra D. Arturo Sanmartín, maestro de muchos de aquellos “estudiantes libres” de Sevilla. En manos de ellos cayó el recién publicado libro de Ramón, *Una introducción al método científico en psicología* (Bayés, 1974), así como la mayoría de las obras del catálogo de Fontanella. El impacto de la lectura de aquellas obras en aquellos lectores fue evidente: todos acabaron identificados con el conductismo. El centro acabó denominándose pocos años después *Centro de Estudios del Comportamiento*, siendo probablemente el primer centro privado de psicología en Andalucía con orientación claramente conductista. Dos de aquellos cuatro pioneros (Rafael Moreno y José López Ruiz) se convirtieron en profesores del Área de Metodología en la incipiente Facultad de la Universidad de Sevilla (US) mientras que los dos otros (Francisco Fernández Serra y Santiago Benjumea) acabaron siendo profesores de psicología del aprendizaje. Además, Ramón Bayés dirigió la tesis doctoral de José Carlos Caracuel, también profesor de la US, y gracias a aquella colaboración se fue desarrollando una relación que le permitió a este último entrar en contacto con los alumnos de Bayés en la UAB dedicados a la psicología del deporte, materia de la que José Carlos Caracuel acabó convirtiéndose en pionero y maestro de muchos.

Los antiguos alumnos de Ramón Bayés formamos un grupo muy numeroso y geográficamente disperso en la medida en que él ha sido un personaje muy importante para los estudiantes y profesionales de la ciencia de la conducta en toda el área hispanoamericana, donde su influencia es elevadísima. Profesionales y académicos como, entre muchos otros, Josep Roca, Joan Riera, Jaume Cruz, Jordi Fernández Castro y yo mismo, somos un ejemplo de una primera generación formada y moldeada por Ramón en su entorno más inmediato. En América Latina es muy apreciado y respetado, a la misma altura que lo son sus colegas (y sin embargo buenos amigos) Emilio Ribes o Rubén Ardila, por citar solo un par de nombres. Así es que para mantener vivo el contacto, el maestro tuvo la original iniciativa, antes mencionada, de crear un grupo de difusión al cual enviaba un entrañable mensaje personal cada lunes. Ello lo hizo una vez familiarizado con los ordenadores y con Internet. Recuerdo perfectamente sus reticencias iniciales a las nuevas tecnologías: cuando la UAB asignó una dirección electrónica a todos sus docentes, Ramón, sumergido de repente por docenas de mensajes provenientes del mundo entero, se vio tan agobiado que pidió que le sacaran de la lista, que él no quería correo electrónico, que con el fax ya tenía suficiente... Esa iniciativa es una constatación donde la haya de su profundo sentido de la amistad y de su humanidad a toda prueba. Con motivo del cumplimiento de sus 90 años, decidimos ofrecerle una recopilación informal de textos breves que cada uno de nosotros escribió con gran cariño. Que me sea permitido reproducir aquí el mío:

“Yo siempre digo que, contrariamente a Joan Salvat-Papasseit, el gran poeta catalán que no agradecía nada porque no había tenido maestros, yo tengo mucho que agradecer porque no solo he tenido profesores (más o menos como todo el mundo), sino que he tenido la suerte y el privilegio de tener maestros. Y Ramón fue el más entrañable de todos. Porque además de haberme aportado muchísimo a nivel intelectual, es un modelo de buena persona, de aquello que Montesquieu, ya en el siglo XVII, llamaba “Un honnête homme”. Mis credenciales siempre han sido: “Yo soy alumno de Ramón Bayés”. No quiero ninguna otra.”

Sé perfectamente que las citas demasiado largas no son apropiadas para este tipo de ejercicio. Voy, sin embargo, a permitirme otra excepción para terminar este homenaje con uno de los que, personalmente, considero más hermosos y conmovedores textos de Ramón, sacado de nuevo de su libro ya citado:

“En uno de mis viajes al Gran Norte había contemplado un maravilloso crepúsculo que parecía que no tuviese fin. Sentado en la cumbre de una colina sobre los fiordos, sabía que la noche llegaría, pero también sabía que el paso de la luz del atardecer a la oscuridad de la noche sería largo y suave. Es seguro que la noche me alcanzará algún día –pensé–, pero me gustaría adentrarme en ella lentamente y sin miedos. (...) La duración del crepúsculo varía según la latitud del lugar donde nos encontremos; es muy corta en los trópicos, en los que la transición del día a la noche es muy rápida, pero es muy larga en los veranos del círculo polar. Me gustaría un crepúsculo de círculo polar tan próximo al solsticio de verano como fuera posible, naturalmente.”



Ramón Bayés en su casa pocos días antes de marcharse (fotografía de *La Vanguardia*).

Por otra parte, los crepúsculos de círculo polar poseen otra característica importante, ya que suelen acompañarse de cambios, a veces muy espectaculares y curiosos, de iluminación y coloración de la parte del cielo donde el sol se pone. (...) Me gustaría, por tanto, si fuera posible, no sólo que mi crepúsculo fuera largo, sino también que fuese hermoso, (...) generoso.

Y que la noche llegase sin darme cuenta, al lado de mi compañera Àngels, con la cual, con los tiempos que corren, ya pronto podremos conseguir el récord Guinness de pareja estable; de mi hija Mireia, de mis nietos Marc y Jordi, y también de los amigos, como tantos de vosotros, con los que mantengo lazos afectivos.

(...) Simone de Beauvoir escribió que en los últimos momentos de un moribundo se puede encontrar el absoluto. Yo no sé qué es el absoluto ni tengo muchas esperanzas en otra vida, pero me gustaría sentirme en paz con todos. Deseo pedirlos perdón, a todos y a cada uno en particular, por lo que he hecho mal y, más difícil, por aquello que tal vez he dejado de hacer por pereza, por ignorancia o cobardía. Resumiendo: me gustaría que mi despedida fuese como un crepúsculo en el círculo polar durante el verano. Es decir, largo y hermoso.” (Bayés, 2010, pp. 156-162)

Y el 7 de agosto del 2025, Ramón Bayés consideró que su viaje ya había sido suficientemente largo y que prolongarlo no le resultaría hermoso. Y, voluntariamente, habiéndose despedido serenamente de cuantos, informados de su decisión, pudieron pasar por su piso para un último beso y abrazo, pidió dignamente a las Parcas que le cortasen los hilos. Como decía muy acertadamente Montaigne, el gran filósofo y moralista francés del siglo XVI: *Cada día nos acerca a la muerte; el último, la alcanza.*

La ceremonia funeraria, a la que no me fue posible asistir pero que Jordi Nadal relató fielmente en la lista de difusión ya mencionada, estuvo impregnada de ternura, amor y gratitud. Su hija

Mireia le había escrito una carta muy hermosa, llena de emoción. Y puesto que el concepto de viaje era omnipresente en el vocabulario de Ramón, se leyeron dos magníficos poemas: “El viaje”, de David Whyte (1996), que concluye con los versos:

*You are not leaving,
you are arriving.*

Y “El viaje definitivo”, de Juan Ramón Jiménez (1910):

*Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol
y con su pozo blanco.*

*Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.*

*Se morirán aquellos que se amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará nostálgico...*

*Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.*

Y, antes de despedirse, los presentes escucharon las notas del *Cant dels ocells*, en la célebre versión de Pau Casals.

En el momento en que me dispongo a concluir este homenaje me vienen a la memoria estos versos de Francisco Brines (1977) que recitó uno de los asistentes:

*Un día no serás, y nunca el mundo
sabrà que pudo ser siempre más bello
con solo retenerte.*

¡Descansa en paz, Ramón!

Referencias

- Bayés, Ramón (1974). *Una introducción al método científico en psicología*. Fontanella
- Bayés, Ramón (2010). *El psicólogo que buscaba la serenidad*. Plataforma Editorial.
- Brines, Francisco (1977). Desaparición de un personaje en el recuerdo. En Francisco Brines, *Insistencias en Luzbel* (pp. 72-73). Visor.
- Freixa i Baqué, Esteve (2022). Homenaje a Ramón Bayés. En Esteve Freixa i Baqué, *¿Cómo puede uno ser conductista radical hoy en día? Algunos malentendidos acerca del conductismo* (pp. 209-211). Ediciones Psara.
- Jiménez, Juan Ramón (1910). *El viaje definitivo*. En Juan Ramón Jiménez, *Poemas agrestes, 1910-1911. Corazón en el viento*. <https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/jrj/antologia/antologia07.htm>
- Nadal, Jordi (2025). Muere Ramón Bayés, psicólogo, profesor y escritor. *La Vanguardia*, 08/08/2025. <https://www.lavanguardia.com/servicios/obituarios/20250808/10959503/vida-viaje-consciente.html>
- Whyte, David (1996). The journey. En *The house of belonging*. Many Rivers Press.

